

VIII

SESIÓN NECROLÓGICA EN HONOR DEL ILMO.  
SR. D. RAFAEL MIR JORDANO

---

Boletín  
Real  
Academia  
de  
Córdoba



Don Rafael Mir Jordano. (Foto: F. Sánchez Moreno).

## CINCO APUNTES SOBRE RAFAEL MIR DESDE LA CERCANÍA

Francisco Solano Márquez

Académico Correspondiente

---

**C**onocí y traté por primera vez a Rafael Mir Jordano a finales de 1965 en el Círculo de la Amistad, cuando él tenía 35 años. En aquel momento era impulsor y participante activo en las Primeras Conversaciones Nacionales de Teatro, en las que dirigió mesas redondas y animó debates, codeándose con intelectuales españoles de primer nivel en un clima de libertad vigilada por el delegado de Información y Turismo allí presente, Demetrio Castro Villacañas, que era un poeta culto y dejó hablar con bastante libertad a los ponentes y a los participantes en los debates.

Y es que se aprovechó el pretexto de analizar el teatro en España para hablar también de los problemas que muchos autores malditos encontraban para llevar a los escenarios la realidad social y política del momento, asfixiada por la censura. Allí estaban José Monleón, Sanchís Sinisterra, Antonio Gala, Lauro Olmo, Alfredo Marquerie, Armando Moreno, Nuria Espert, Juan Guerrero Zamora, José Luis Alonso y otras gentes del teatro, afamadas o proscritas por el régimen político. De todo ello quedó constancia en la revista de teatro *Primer Acto*, que dirigía José Monleón. Y aunque han pasado más de cincuenta años permanece grabada en mi memoria la foto fija de Rafael en aquella mesa del salón del cine club —en cuya fundación había participado— dirigiendo con pulso firme y mente clara unos coloquios culturales con claro trasfondo político.

El segundo apunte se remonta a marzo del 78, cuando el ministro de Cultura Manuel Clavero Arévalo lo nombró delegado provincial, el primero que existía en Córdoba. Enseguida acudí a su despacho para pedirle una entrevista que publicó el diario *Córdoba*, en la que se atrevió a decir que ésta «es una provincia de una gran incultura». Advirtió entonces que no haría una política cultural de partido ni una cultura burocratizada. Aún

no había cumplido quince meses en el cargo cuando presentó su dimisión en un valiente artículo en forma de carta abierta dirigida al ministro en la que lamentaba la incomprensión que encontraba tanto en el partido gobernante (UCD) como en el ministerio. «Con mi dimisión irrevocable, adiós», terminaba lacónicamente. Pese a la brevedad del mandato reactivó la recuperación de Medina Azahara y encauzó la creación del magnífico Archivo Histórico Provincial en la antigua parroquia de Santo Domingo de Silos, que encontró en estado ruinoso, trasladando sus fondos desde una inapropiada nave industrial situada en la Huerta de la Reina.

El tercer apunte se refiere a la presentación en 2009, en el Salón Liceo del Círculo de la Amistad, de su libro *Memorias en el umbral de la desmemoria*, en la que me pidió participar, todo un regalo no ajeno a nuestra amistad. De los folios que leí entresaco un párrafo.

Estas memorias están llenas de reflexiones sobre lo divino y lo humano; de vivencias tertulianas; de nombres propios (cerca de cuatrocientos figuran en el índice onomástico) y de jugosas anécdotas en las que no se muerde la lengua a la hora de ajustar cuentas con determinadas personas, aunque sin que llegue la sangre al río.

Entre las muchas anécdotas recogidas en el libro figura una sobre la celebración de su decimosexto aniversario de boda con Esperanza, el 20 de noviembre de 1975, es decir, el día de la muerte de Franco. «¿Y si algún exaltado cree que brindamos por la muerte del dictador?», le comentó a su esposa. Las memorias se cierran con una declaración de principios más propia de un joven de treinta años que de quien se estaba acercando a los ochenta. Incluso confesaba que, ya viudo, estaba dispuesto a enamorarse otra vez, como así sucedería, signo inequívoco de la juventud que anidaba en su corazón. Tras la presentación del libro se formó una larga fila de amigos ante la mesa dispuesta para firmar. Recuerdo que le dije: «Ni Antonio Gala, Rafael».

El cuarto apunte evoca su decisiva participación en la fundación de los Amigos de los Museos de Córdoba, que presidió durante ocho años. Tuve el privilegio de formar parte de su directiva y conocí en la distancia corta su capacidad de buen gestor, repartiendo juego y abordando proyectos ambiciosos como la celebración en Córdoba de un Congreso internacional de esas asociaciones, aunque una interferencia ajena le restó protagonismo. Lo más interesante de aquella actividad fue organizar y gozar de paseos comentados por Córdoba, visitas a los estudios de artistas y excursiones

culturales donde hubiese arte que admirar, especialmente a las exposiciones de las Edades del Hombre.

El quinto apunte conecta con sus últimos años de vida, en que, pese a su decadencia física, no dejó de acudir cada miércoles por la mañana al bar Norte y Sur o a su terraza exterior en época de buen tiempo, en la plaza de San Nicolás, para compartir café y comentarios culturales y de actualidad, y enriquecernos con sus recuerdos o sus reflexiones siempre agudas y no exentes de sentido crítico. Bajaba puntual desde su casa y antiguo despacho de abogado —la placa permanece aún en la fachada— y a la hora convenida, su fornido cuidador Marcelo acudía a retirarlo en su silla de ruedas, dejándonos huérfanos de su palabra sabia y reflexiva.

A aquella Tertulia, que toma el nombre de la propia Plaza de San Nicolás, suelen concurrir Francisco Carrasco Heredia, Manuel Concha, Carlos Clementson, Carmelo Casaño, Eduardo Mármol, Julia Hidalgo, Juan Cantabrana, Mercedes Mayo, Alfredo Asensi, Rita Rutkowski, Antonio Cañadillas, Francisco Antonio Carrasco, Carlos Chacón, Francisco Manuel Cañadillas, Rafael Contreras, Francisco Bravo, Arturo Ramírez y quien suscribe, bastantes, académicos correspondientes.

Pero aunque Rafael Mir Jordano nos dejara un luminoso día mayo siempre guardaremos su memoria y su palabra en los libros que jalonan su fecunda biografía literaria, sean cuentos, micro-relatos o recopilaciones de artículos periodísticos, que, jugando con su apellido, eran ‘miradas’ agudas, penetrantes y valientes que ya forman parte de su legado ético e intelectual. Larga vida al recuerdo y la memoria de Rafael Mir.

